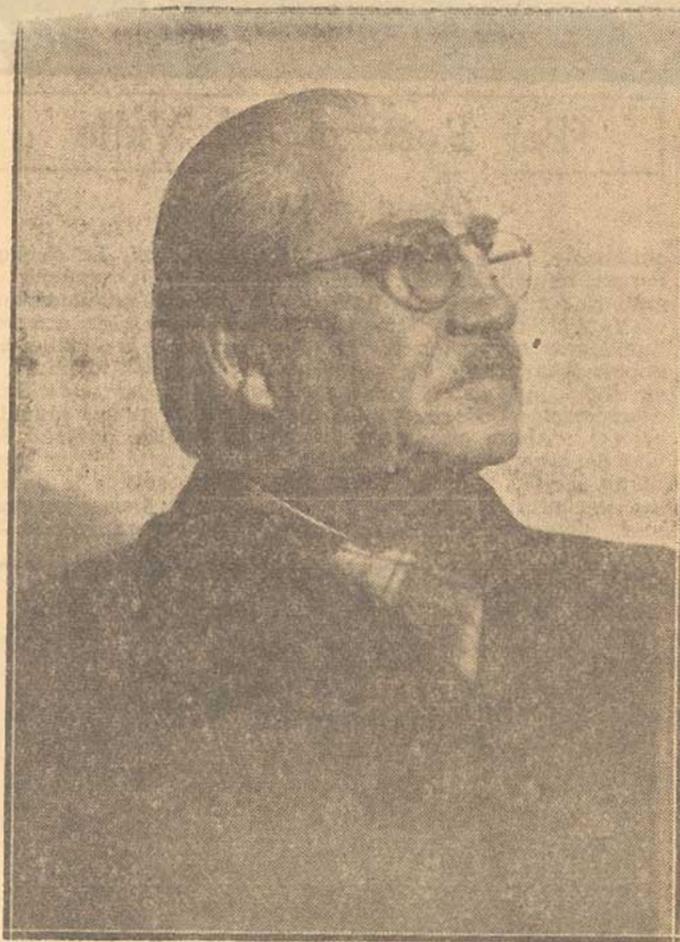


PEDRO URDEMALES, por Acevedo Hernández.- (Ediciones Cultura, 1947)



Antonio Acevedo Hernández

PRESENTA este libro el escritor Nicomedes Guzmán con expresiones de gran elogio y nos advierte que la versión chilena de Pedro Urdemales ofrece motivos de justificado orgullo. El asunto es hispánico y, por consiguiente, entró en el solar de América junto con los soldados conquistadores, mezcla de astucia y de instinto, de religiosidad y de picaresca, de misticismo y de fanfarronería que muy luego tendría un eco generoso en la imaginación popular y en las consejas criollas. El tema había penetrado, también, con vigor, en la literatura castellana. Cervantes compuso la comedia *Pedro de Urdemales*, que se vincula por su estructura con el entremés *La elección de los alcaldes de Daganzo*, y, además, con la novela ejemplar *La Gitanilla*. El protagonista principal, que da el nombre a la obra, es un pícaro, sujeto salido del hampa, que no ofrece caracteres criminales, pero vive con una tribu de gitanos por amor de una muchacha, y en ese medio aprende las mañas y destrezas de los mismos. Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo produjo más tarde la novela picaresca *Pedro de Urdemales* (1620), "aquel tejedor más de embustes que de telas, tan reverenciador de la verdad, que por juzgarse indigno de ella jamás la puso en los labios". Lo pintoresco de esta creación es el final de ella: Pedro de Urdemales se mete a literato y ocupa el tiempo refiriendo cuentos a sus compañeros y representando comedias.

El escritor nacional ha querido simbolizar en su novela, que no exhibe una trabazón muy consistente, una especie de representación del pueblo chileno. Pocos lo conocen mejor que el trashumante autor de más de cuarenta obras novelescas, de teatro, crónica y folklore que resumen y compendian muchas de las virtudes y no pocas de los vicios del roto. Su intención es, pues, noble y ambiciosa; veamos ahora si los resultados corresponden a su buena voluntad. Acevedo Hernández ha ganado considerablemente en el estilo desde unos tiempos en que escribía de un modo desoso y descuidado hasta ahora que ensambla mejor los períodos y se libra de muchas dificultades sintácticas. No ha logrado, sin embargo, depurar su técnica; aquí hay de todo: cosas oídas o intuitas, elementos sueltos que no están cabalmente elaborados; escenas de realismo muy perfilado; otras de menor categoría, sin la adecuada asimilación que requiere un trabajo de índole novelesca. En general, el libro participa de la crónica periodística, con la improvisada genialidad, a veces, y con las caídas que suscita una seguridad categórica de las propias fuerzas creadoras. No alcanzan todas las deficiencias anotadas a destruir el conjunto: veraz y humano, entretenido en la mayoría de los capítulos, pero suelto y flojo en los menos realizados. Lo cual nos lleva, también, a insistir en los peligros emanados de la fertilidad de los recursos de los escritores criollistas. El criollista, a menudo, pretende haber resuelto los problemas que dimanan del tratamiento de la épica popular, con métodos más pretenciosos que ciertos. El lenguaje de tales engendros es lamentable y no se detiene más allá de la obra de aluvión, o sea de la mera reproducción de palabras y de giros acumulados por campesinos y obreros, con indudable colorido y donaire, en las más felices locuciones, pero con gran monotonía de motivos en la mayoría de los casos. El criollismo necesita, además, que se le insufla una fantasía como la que ha provocado la prestancia de dicha escuela en otros países más afortunados. No queremos aquí expresar que Acevedo Hernández sea de los más malos en un conjunto de escritores que, salvo escasas excepciones, han abrumado a los lectores chilenos con sus insoportables y reiterados engendros.

El *Pedro Urdemales* de Acevedo Hernández puede iniciar una época más feliz por arrancar de un elemento nacional que proporciona amplios recursos narrativos

y alcanza aquí a un grado notable de verismo en un tipo capaz de engañar al demonio con sus desenfadadas y graciosas tretas y que todavía pelea con los gigantes, gana siempre en el juego, se hace querer de las mujeres, sin alcanzar nunca al rufianismo español, y ostenta alguna generosidad de alma. Todo esto no alcanza a liberarlo de cierto género de picaresco menor, supersticioso sin alcanzar a las cimas de lo religioso, valiente y apasionado sin gran heroísmo y amigo, como observa Acevedo Hernández, de burlarse de las gentes de sotana. "Jamás Pedro usó de su talento privilegiado para hacer daño al pobre, al humilde o al manso. Ejerció su habilidad fecunda solamente para sacar partido — engañar, dicen otros — del que engañarlo quiso". (Página 101).

La simpatía del personaje conduce a su recreador a mirarlo con tal benevolencia que no escatima los elogios a ciertas acciones suyas que violentan las leyes de la moral social. La sinceridad algo desatentada de Pedro Urdemales brota de un fondo escéptico de la raza que no cuesta mucho justificar en su más remoto origen ibérico. Cierta estolcismo preside las resoluciones del personaje y lo lleva a tomar a risa lo que le produce dolor o sufrimiento, a sacar fuerzas de flaqueza o a utilizar los inagotables recursos de su astucia innata en vengar las ofensas o deshacer los entuertos de sus semejantes. Las leyes de su moral son muy anchas y no obstante en ellas palpita relativa nobleza, como la de sus congéneres hispánicos, que no tienen donde caerse muertos, pero son derrochadores y altivos en sus instantes de éxito económico. Pedro Urdemales abandona el amor casto de Inés, no alcanza a redimirlo con el suyo, vagabundea por el Maule, vuelve a su vera, pero ya es tarde, porque la amada se ha entregado al vicio, más por necesidad que por corrupción innata. El final de la novela de Acevedo Hernández resulta algo ejemplar: muere Inés, no sin recostarse al lado de su inconstante amador, y muere también Pedro Urdemales, comprendiendo el amor cuando ya era demasiado tarde. El epitafio de Pedro Urdemales es el siguiente: "Aquí yace Pedro, llamado el Urdemales. Fue bueno y cumplido, ayudó a su prójimo. Toda su vida buscó el amor y lo vino a comprender cuando la muerte lo llamó a su seno. Rogad por él". Y copiemos también el de Inés: "Inés Pérez, murió de veinticinco años, vivió del amor manchado, el amor puro la redimió y la empujó a la muerte. Fue en sus últimos días como una santa, imitada vosotras, las mujeres que habéis perdido el camino. Amén".

La perseverancia literaria de Acevedo Hernández lo coloca entre los casos más ori-

res realizados entre nosotros, y dominados, en ciertos destellos, por una fuerza avasalladora, obtenida del mismo ambiente tratado y na resultado inferior a sus acuerdos escénicos, pero también reproduce con bizzarria los tipos nativos que surgen de condiciones históricas y de accidentes naturales propios de un país pobre y con clases sociales bien definidas.

Ha penetrado con pasos resueltos en los temas escabrosos que brotan de la existencia miserable del pueblo chileno, pero sin amargura ni rencor, pues todavía palpita en su espíritu un soplo romántico que libera a sus personajes del pesimismo enervante o de la desesperación sin salida. En Pedro Urdemales no desmiente sus anteriores capacidades, pero también revela sus límites y las dificultades que abruma a la escuela literaria criollista, de la cual es uno de los más legítimos precursores. Al estilizar una realidad picaresca ha explotado el espíritu de aventura de la raza y ha sacado a flote lo que ella tiene de generoso, de truhanesco y de vagabundo, con desiguales resultados, pero manteniendo siempre enhiesto un ideal que nutre sus restantes obras y rebrota localizado en las andanzas maullinas de Pedro Urdemales, hermano del Mulato Taguada y de la misma familia de On Panta, ese engendro quijotesco de Mariano Latorre, que todavía espera la pantalla.

R. A. L.